

CAPÍTULO QUINTO:

NIEBLA EN GADAMAR

Sanui caminaba por las calles de Kerritt, planeando su próximo movimiento. Debía conseguir un speeder e ir a la dirección que le había proporcionado Halkias para hacerse con los suministros de aire y agua que necesitaba. Después, volvería a su nave y saltaría de Gadamar al escondite de Ashla, haciendo tal vez un par de saltos hiperespaciales antes para asegurarse de que no le siguiesen; en comparación, esa parte era fácil.

Ahora bien, en el proceso tenía que esquivar a los cazarrecompensas; Hoox había puesto un jugoso premio por su captura. Los criminales tampoco propiciarían ningún encuentro agradable. Eso hacía que más del ochenta por ciento de las personas con las que se estaba cruzando fuesen enemigos potenciales. Cuando un pequeño droide flotante cruzó a su lado, casi encendió su sable de luz para partirlo a la mitad. Para relajarse, se detuvo un momento y respiró hondo.

-Tranquilízate, Sanui -murmuró más que pensó-. No debes temer nada salvo el propio miedo. El miedo conduce al...

-¡Ahí está! -oyó gritar a alguien.

Sanui levantó su cara para ver lo que podría ser un improvisado grupo de cazarrecompensas o de bandidos, justo frente a su posición, a quince metros escasos. Aparentemente, siete orgánicos y un droide, aunque podría haber más ocultos.

Sanui observó la situación rápidamente. Estaba en una zona de la ciudad próxima a la sede del Gremio de Cazarrecompensas, y sus enemigos podrían obtener fácilmente refuerzos. La construcción de la calle daba ventajas al armamento de fuego, y no al sable de luz. Por si fuera poco, no les resultaría difícil rodear a Sanui. Era un mal lugar para el enfrentamiento.

-¡Fuego! -dijo un soez humanoide de un metro de estatura, que podría ser el líder de los mercenarios. El enano sacó su propia arma bláster mientras sus siete compañeros hacían lo mismo y disparaban contra Sanui.

Pero Sanui había pulido con años de práctica la habilidad de esquivar los disparos de bláster, y los mercenarios no eran grandes tiradores. Corrió hacia una bocacalle y se metió dentro para evitar los tiros y para intentar perderlos.

-¡Vamos! -gritó el enano, y el extenso grupo echó a correr hacia la misma bocacalle en que estaba Sanui.

Cuando llegaron, Sanui no había tenido tiempo de ocultarse, así que intentó usar la Fuerza para vibrar a gran velocidad, volviéndose casi invisible. Era un truco difícil que sólo le funcionaba durante períodos reducidos de tiempo, pero al menos le daría la oportunidad de escapar. En el laberinto de callejas de Kerritt, podría perderles fácilmente.

-¿Dónde está? -preguntó pragmáticamente el enano al ver desaparecer al Jedi. Se dirigía a un miembro específico de su grupo, un humanoide con armadura de combate.

El humanoide subió una mano enguantada hasta su casco y presionó un botón. Los mecanismos de su casco identificaron un rastro calorífico.

-¿Y bien? -insistió el enano.

-No escapará -dijo el humanoide y, siguiendo un mapa indicado en su visor, empezó a seguir el rastro infrarrojo de Sanui.

-¡Seguidle! -dijo el enano a los demás.

Los asesinos de diversas especies levantaron sus armas y empezaron a seguir al humanoide de la armadura.

Sanui no tardó en comprender que no lograría despistar a sus perseguidores corriendo al azar entre las callejas. Cada vez que se detenía para tomar aliento o para ver si aún le seguían, podía oír cómo se acercaban. Sin embargo, dadas las circunstancias, lo único que le quedaba era poner tierra por medio hasta poder encontrar el escenario idóneo para la lucha.

Escogió una callejuela que giraba de pronto hacia la derecha, y corrió en esa dirección. Al girar una esquina, frenó sobre sus talones. Callejón sin salida.

A veinte metros, lo que medía la calle, entre dos inmensos edificios antiguos, había una pared de transpariacero de tres metros de altura. Sanui no habría tenido problemas para saltarla, pero el panorama al otro lado...

Hoox había abierto la calle.

No había nada en absoluto al otro lado, sino un inmenso agujero de tal vez kilómetros de profundidad cuyo fondo era imposible de ver. Una vista aérea mostraba una especie de inmenso cuadrado negro de doscientos metros de lado, financiado con los impuestos de los gadamarianos... Y nadie sabía siquiera qué iban a construir allí. De momento, habían conseguido una trampa para ratas.

Sanui se fijó en lo que tenía en el callejón. Los restos de un speeder destrozado, ninguna puerta o ventana... Al menos, al estar en una calle estrecha, la superioridad numérica del enemigo perdía buena parte de su utilidad. Si Sanui jugaba bien sus cartas, esto es.

Tomó el mango de su sable de luz y, mirando de frente al

único camino por el que podían llegar los mercenarios, se dispuso a activar su arma.

De pronto, una voluta de niebla pasó ante sus ojos.

-Si enciendes ese sable de luz al aire libre, tendremos a todas las guarniciones de Hoox aquí antes de poder terminar con los matones -dijo alguien.

Sanui miró al lugar de donde provenía la voz, la parte superior del muro de transpariacero. Allí estaba, en cuclillas, una mujer de semblante pálido y muy sereno. Su larga cabellera color azabache ondeaba por el viento. Vestía las túnicas de un Jedi en un curioso tono gris, con la capucha bajada, y jugueteaba con una voluta de niebla en su mano derecha. Pese a no estar fumando ni nada parecido, aparecían a su alrededor pequeñas nubes de humo de caprichosas formas.

-¡Mhist! -dijo Sanui.

-Como de costumbre, nos encontramos en los lugares más insospechados -dijo Mhist, iluminando su rostro con una sonrisa mientras bajaba.

-¿Qué has querido decir con eso del sable? -preguntó Sanui

-Si se detecta la emisión de energía de un sable de luz al aire libre en un sitio donde ni siquiera llega la energía, los técnicos de Hoox se darán cuenta, es un truco contra jedis de nuestro amigo Hoox -explicó Mhist-. Tenemos que vencer a tus amigos sin sables.

-¿Qué sugieres? -dijo Sanui.

Después de examinar la pared, Mhist fijo su vista en un punto concreto. Sanui se giró para mirar en la misma dirección. Había una construcción metálica incrustada, pero medio suelta, y totalmente oxidada. Sanui no sabía para qué habría servido una vez, tal vez un balcón o una escalera de emergencia, pero estaba claro que ya no cumplía ninguna función.

Mhist ni siquiera tuvo que pedir a Sanui que la ayudase; bastaba una mirada para ver su concentración en el mismo punto. De pronto la telekinesis de la Fuerza empezó a hacer su efecto y las sujeciones del metal temblaron mientras se soltaban.

Dos figuras envueltas en ropajes de Jedi miraban con absoluta concentración el mismo punto, ignorando conscientemente a los mercenarios que ya llegaban por la esquina. Uno de ellos, un alienígena de aspecto brutal, dio varios pasos al frente y se acercó al final de la calle.

Mientras el alienígena apuntaba su arma bláster para asegurar su disparo, el enano miró hacia arriba, hacia donde miraban Mhist y Sanui y, al comprender lo que sucedía, le gritó a su secuaz:

-¡No! ¡Apártate!

Demasiado tarde. Los poderes de la Fuerza habían surtido efecto, el metal se había soltado, y caía como un meteorito

de hierros viejos. El alienígena levantó su arma y puso sus brazos sobre su cabeza en un vano intento de protegerse.

Ahora, la calleja antes despejada tenía un obstáculo, un pequeño laberinto metálico. Los mercenarios tenían que cruzarlo, pero sólo podrían hacerlo si avanzaban despacio y de uno en uno. Tampoco podían disparar a través de la selva férrica. Su superioridad numérica ya no les servía para nada.

Pero el humanoide de la armadura aún se guardaba un par de gadgets. Activó un interruptor en su espalda y empezó a volar a reacción por encima de los restos metálicos; el truco no serviría contra él. Apuntó con su antebrazo hacia donde estaban Mhist y Sanui y disparó un dardo. Falló su blanco por poco, pero el dardo explotó con moderada potencia al golpear el suelo. Volvió a apuntar, pero entonces Sanui le miró e hizo un gesto con su mano. El brazo del humanoide se movió por sí mismo y disparó todos los dardos explosivos contra el muro de transpariacero.

-¡Eh! -gritó el humanoide, extrañado por el mal funcionamiento de su disparador.

Todos los dardos que le quedaban explotaron sin dañar a nadie vivo, pero el muro presentaba ahora un peligroso agujero hacia el pozo sin fondo del otro lado.

Mientras tanto, uno de los mercenarios, un alienígena velludo, había logrado cruzar el obstáculo. Levantó su pica de fuerza en pose amenazadora. Mhist a su vez extrajo de su capa un cilindro metálico de cinco centímetros de diámetro en la base, y presionó un interruptor para que creciese hasta medir dos metros de longitud. Ella y el alienígena corrieron la una hacia el otro e hicieron colisionar sus armas personales en gestos demasiado veloces para ser percibidos por un espectador. Al separarse, ambos tenían un hilillo de sangre en la comisura de los labios, y cada uno levantó su mano para limpiárselo.

El siguiente mercenario logró cruzar impidiendo que Sanui fuese a ayudar a su amiga; ahora tenía problemas propios. Este mercenario, un humano, disparó su pistola bláster contra Sanui. El disparo falló cuando su supuesto blanco se movió hacia un lateral. Se fijó en que el humanoide de la armadura seguía volando y que había sacado su propia arma. Sanui miró un par de segundos hacia las paredes de los edificios y tomó una decisión: Mientras sus enemigos volvían a disparar, Sanui echó a correr y saltó sobre una pared, dirigiendo su pie hacia un pequeño saliente. Rebotó allí ante los incrédulos ojos de sus enemigos, y saltó diagonalmente sobre la otra pared, subiendo dos metros con cada salto. Siguió ascendiendo a gran velocidad hasta que, al quinto salto, el humanoide de la armadura estaba a tiro. Saltó sobre él y le golpeó el rostro con un puntapié mientras movía velozmente con la mano el interruptor de la mochila propulsora.

El humanoide quedó aturdido y perdió el equilibrio, saliendo disparado hacia atrás. Desgraciadamente para él, no tardó en encontrar una pared y, a la velocidad a la que iba, se incrustó en ella.

-Oooops -dijo Sanui al comprender que estaba en mitad de la calle, a diez metros de altura, y sin ningún punto de apoyo.

Más abajo, Mhist hacía un movimiento inesperado con su bastón y el mercenario velludo perdía su arma. Con otro gesto de bastón, Mhist obligaba al mercenario a alejarse unos pasos. Ella sonrió.

Sin embargo, el mercenario era muy musculoso y fuerte, y saltó sobre Mhist, bastón o no. Mhist se asustó ante este ataque y no pudo reaccionar a tiempo. Cuando quiso darse cuenta, ella estaba en el suelo, y ese monstruo peludo rugiente lleno de colmillos la tenía agarrada por las muñecas y las rodillas. El mercenario la miró a la cara, enfurecido, dispuesto aparentemente a arrancarle un pedazo de la yugular de un bocado.

Mhist murmuró unas palabras incomprensibles, y de la nada entre ella y su atacante se formó un humo negro y espeso que se fue a situar sobre la cara del agresor. El mercenario empezó a toser ante el daño que le hacía el gas tóxico. Asfixiado, soltó a su presa e intentó respirar, pero la nube negra permanecía en su cara aunque él se moviera. Mhist recuperó su bastón y dejó inconsciente al mercenario de un golpe en la cabeza. Se permitió una sonrisa.

Otros mercenarios ya habían logrado cruzar, y un alienígena con pico disparó contra Mhist. Ésta movió rápidamente su bastón metálico cuya superficie, pulida y brillante como un espejo, deflectó algunos disparos. No era tan distinto a un sable de luz, si lo sabías manejar.

Sanui aterrizó repentinamente, en diagonal y rebotando en una pared, y embistió al mercenario humano que le había intentado disparar. El mercenario perdió la respiración por el golpe, y Sanui aprovechó su aturdimiento para recuperar el equilibrio y darle una patada en la cara, acabando la pelea.

Miró a Mhist, que estaba cerca del obstáculo metálico. Entonces se fijó en una lucecita que parpadeaba entre los pedazos de metal.

-¡Mhist, corre! -gritó Sanui, con el miedo audible en su voz.

La Jedi de gris comprendió lo que sucedía y echó a correr, una fracción de segundo antes de que detonase la granada que el enano había colocado. Mhist saltó, impulsada por la explosión, y aterrizó en el suelo, soltando polvo o tal vez más de su niebla característica.

-¿Estás bien? -preguntó Sanui, acercándose a ella.

-Sí -dijo Mhist, levantándose-. ¿Cómo aterrizaste?

-Igual que como subí -dijo Sanui-. Usé la Fuerza para impulsarme hasta la pared, y a partir de ahí, rebotando.

Mhist le sonrió.

Pero, para entonces, el obstáculo ya no estaba y aún quedaban tres mercenarios, que les apuntaban con sus armas. Dos de ellos dispararon casi al unísono, pero Mhist y Sanui se habían recuperado de la explosión y pudieron esquivar. El enano, sin embargo, no disparó al tiempo que los otros, sino que esperó para ver hacia dónde esquivaba Sanui, y disparó después hacia ese punto. Era una estrategia que pilló por sorpresa a Sanui: El disparo le dió de lleno en el estómago y cayó al suelo, con una mancha negra y humeante en la ropa.

-¡Sanui! -gritó Mhist, agachándose a su lado.

-Estoy... bien... -intentó decir Sanui; sus ojos, su única parte visible, estaban empezando a llenarse de lágrimas-.

-Tenemos que salir de aquí como sea. -Dijo Mhist.

Mhist miró la herida de Sanui y se concentró en el humo que surgía de ella. Miró después el humo que quedaba en el aire después de la explosión de la granada. Los mercenarios habían cruzado el humo y se acercaban sonrientes; todos tenían a Mhist en el punto de mira.

-Levanta las manos -dijo el enano, sonriendo.

La chica se levantó, agarró los extremos de su capa, y levantó efectivamente las manos, poniendo los brazos en cruz y mirando fijamente y con los ojos muy abiertos. Los mercenarios podían ver ahora que no llevaba armas ocultas, salvo el sable de luz al cinto.

Pero entonces, el humo de la herida de Sanui se mezcló con el humo de la explosión, formando una nube más grande. La nube se movió y empezó a crecer cuando Mhist expulsó más niebla desde el interior de su capa; la niebla parecía generarse a su espalda.

-¿Pero qué...? -empezó el enano. Para cuando llegó a la tercera sílaba, toda la calleja estaba cubierta por la niebla. La densidad de la niebla siguió creciendo rápidamente hasta cubrirlo todo de un gris opaco. Ya no se podía ver nada.

Mhist, sin embargo, utilizaba la Fuerza para averiguar dónde estaban los mercenarios. Identificó al droide, el único que podía utilizar sus sensores para ver a través de la niebla, y lo inutilizó de un golpe.

-¿Dónde están? -rugió el enano-. ¿Dónde?

La niebla se disiparía en pocos minutos, para cuando lleguen los soldados no habrá ni rastro, pensaba Mhist mientras cargaba como podía con el cuerpo seminconsciente de Sanui, pero esta vez los mercenarios ya no tendrían ninguna forma de seguir a nadie.

Fin del quinto capítulo

CRÉDITOS

Star Wars: In nomine stellaris.

Una publicación independiente de Vanesa Pizarro y Jorge J. Rodríguez
para www.loresdelsith.net y www.sithnet.com

Para contactar con los autores escribe a: in_nomine_stellaris@hotmail.com

© 1999 de los autores.

Star Wars - La Guerra de las Galaxias es © 1977 de George Lucas.

Impreso en España - printed in Spain.